CUANDO EL CIUDADANO DEJA DE CREER, ¿QUIÉN GANA?

EL PRECIO DE LA DESCONFIANZA Y LOS RIESGOS DE UNA POLÍTICA DONDE GANAR IMPORTA MÁS QUE GOBERNAR.

POR: NIDIA PAULINO

¿Qué ocurre cuando los ciudadanos dejan de creer en quienes reciben temporalmente el poder: los gobernantes, las instituciones y los partidos? ¿Y qué sucede cuando esa desconfianza termina alcanzando a la política misma?

La democracia no depende únicamente de las elecciones, es un sistema en el que ciudadanos, partidos, gobiernos e instituciones cumplen funciones diferentes, pero interdependientes. Cuando una de estas partes falla, las demás también se resienten, y cuando todas pierden credibilidad, el resultado es una profunda crisis de confianza.



NIDIA PAULINO

Doctora en Derecho y especialista en comunicación política y campañas electorales. Presidenta de Grupo Dier, fundadora y ex presidenta de ALACOP y vicepresidenta de la Cumbre Mundial de Comunicación Política. Conferencista internacional y docente de posgrado.

@nidiapaulinov
nidiapaulinov

Cuando los partidos dejan de representar a la gente, los gobiernos no responden a sus necesidades, las instituciones pierden capacidad para controlar el poder, y la oposición que debe fiscalizar, denunciar y presentar alternativas, solamente critica; los problemas cotidianos continúan sin respuestas y la discusión política se mantiene alejada de lo esencial, que es decirles a los ciudadanos qué van a hacer. **La democracia puede seguir celebrando elecciones, pero corre el riesgo de perder legitimidad y capacidad de representar a la sociedad por falta de participación.**

Imaginemos la democracia como una receta, cuyos ingredientes deben combinarse para lograr un buen resultado.

> **CUANDO GANAR LAS ELECCIONES SE CONVIERTE EN LA PRIORIDAD Y GOBERNAR QUEDA EN SEGUNDO PLANO, LA POLÍTICA TERMINA CONVERTIDA EN UNA CAMPAÑA PERMANENTE.**

Sin embargo, la receta debe tener un cocinero que es el CIUDADANO: es quien evalúa, decide e interactúa con todos los ingredientes, dejando claro que el poder no pertenece, permanentemente, a quienes gobiernan; se les confía por un tiempo.

Por eso, la desconfianza no siempre es una amenaza. Puede ser una respuesta legítima ante la corrupción, la inseguridad, el aumento del costo de la vida o los servicios públicos deficientes, en fin, el manejo erróneo del poder.

Es entonces cuando debemos preguntarnos: si el ciudadano deja de creer, ¿quién gana?

Ese vacío puede abrir las puertas a una renovación democrática, pero también favorecer a quienes convierten la frustración social en una herramienta electoral. Aquí aparece uno de los grandes riesgos de la política actual: que ganar las elecciones se convierta en la prioridad y gobernar quede en segundo plano.

Competir, persuadir y construir mayorías es parte de la democracia. El problema comienza cuando la victoria parece justificar cualquier conducta: se ocultan los errores para proteger la imagen, se toman decisiones pensando primero en las encuestas y la comunicación se utiliza para defender al gobernante en lugar de explicar sus acciones. La política termina convertida en una campaña permanente.

Pensemos en una familia que trabaja, paga sus impuestos y cumple con sus obligaciones, pero enfrenta el encarecimiento de la vida y dificultades para acceder a servicios públicos de calidad: escucha que la economía crece y conoce los indicadores oficiales, pero no percibe una mejoría suficiente en su realidad cotidiana. Esa familia no necesita estudiar teoría política para cuestionar al sistema, su propia experiencia le basta. Cuando los resultados que comunica un gobierno no coinciden con lo que vive la gente, la distancia entre el discurso y la realidad termina alimentando la desconfianza.

Gobernar implica administrar recursos limitados, establecer prioridades y tomar decisiones difíciles. Los ciudadanos no esperan autoridades perfectas, sino gobiernos capaces de explicar qué funciona, qué ha fallado y quién se responsabiliza y responde por los errores.

La confianza no se construye diciendo que todo marcha bien, sino demostrando qué se puede hacer mejor. Cuando los errores se reconocen, las responsabilidades se asumen y los resultados se sienten, la política recupera parte de su razón de ser: resolver los problemas de la sociedad.

Cuando el ciudadano deja de creer, como medio de protesta, no participa, se desconecta: no gana la democracia, ganan quienes se benefician del desencanto, quienes prefieren una sociedad resignada, desmovilizada y convencida de que nada puede cambiar. Es así como se pierde la verdad, la rendición de cuentas y la posibilidad de que el poder sea controlado por quienes lo delegan.



Por eso, recuperar la confianza no es tarea exclusiva de los gobiernos; para ello las instituciones deben actuar con transparencia, los partidos deben representar y rendir cuentas, y los ciudadanos debemos participar, exigir y votar con responsabilidad.

> **LA DEMOCRACIA NO SE SOSTIENE SÓLO CON ELECCIONES: SE SOSTIENE CUANDO NO SE RENUNCIA A VIGILAR EL PODER Y A DEFENDER EL DERECHO DE TRANSFORMARLO.**



Nidia Paulino
@nidiapaulinov